SARA DE IBAÑEZ
(1910-1971)

VARIAS OPINIONES EXTRANJERAS Y UNA DESPEDIDA

émile noulet

● "Una segunda lectura de su libro (Pastoral) me ha confirmado en la idea de que la poesía está allí. Y aunque será muy difícil trasladar al francés su manera, me propongo, si usted lo consiente, hacer la traducción de su obra. Quedaré muy contenta si está usted de acuerdo..."

● "...Todo es efecto del entusiasmo que ha suscitado en mí la lectura de sus poemas. Tengo la impresión, señora, de que he descubierto en usted, un grande, un verdadero poeta. Y ésa es una gran felicidad, que le agradezco. Mi deseo de traducirla no es sino el deseo de hacer participar a Francia de mi descubrimiento..."

amado alonso

● "¿Es posible que el magnífico, tenso, dibujado, transparente Canto a Montevideo lo haya usted hecho en tres días? Es tan "responsable" cada elemento de su poesía, tan ponderado y medido, que yo me había hecho la idea de que provocaba idea de trabajo y con premiosidad, en busca de la calidad duradera. Y ahora veo que poetiza usted vertiginosamente un tempo lento. Pues no cabe duda de que sus versos tienen un tempo lento, que necesitan la lenitud de lectura, y pausas bien marcadas al final de cada uno; porque sus versos no son cauce por donde echa a correr el torrente de pensamientos y de sentimientos que se van perpetuamente formando, sino que cada uno parece haber aguardado su madurez dentro de usted antes de vestir su definitiva forma..."

sylvia lago

● Despedir a Sara es descubrir nuestro gesto de asombro ante su aurora presencia luminosa. Es reencontrarla, o más propiamente, comulgar con el entusiasmo de Gabriela Mistral cuando la encontró: "La poesía de Sara es una de las más altas escrituras femeninas". Es compartir con fervor el juicio consagratorio de Pablo Neruda: "Sara de Ibáñez, grande, excepcional y cruel poeta".

Nosotros, los escritores jóvenes del Uruguay, al lamentar la desdicha de esta hora nos sentimos reconpensados por la prodigiosa obra que nos deja. Cuántas veces, hechizados frente a sus páginas, deseábamos alcanzar la sublimidad de su mensaje, de ese sutil anhelo extraterreno —pero tan humano— que nos elevaba con su verso a las cercanías de las regiones traslúcidas por las que ella frecuentemente transitaba.

Tengo presente la última, preciosa experiencia de mi segunda lectura de Apocalipsis XX. En esos poemas culminaba en forma admirable el impulso apasionado de esta mujer-poesía: eran, y se lo dije, de una esplendente didáctica: la vida emergía radiante de las metáforas donde enhorabuena se disolvía el amor a lo humano, de la severidad condenatoria con que enjuiciaba al hombre descubriéndole su inmensidad de miseria y grandeza en una singularísima síntesis de hermosura.

Recordé entonces las palabras de admiración del poeta y filósofo Ramón Xirau: "Sara de Ibáñez es probablemente la mejor poeta actual en lengua española".

Sé que no nos hallamos detenidos frente a un ocaso porque frente a su disuelve en la diafanidad de su obra poética que hoy pasa a pertenecerles definitivamente. La vital permanencia de este espíritu que se impulsa a sí mismo nos dice que estamos, ahora, despidiendo sólo sus restos mortales de Sara. Y nos permite sentirnos deslumbrados frente a un nuevo amanecer tan perfecto como el que fue su vida, raro encuentro de igual belleza de persona y poesía.

Hoy, como en el momento en que las pronunció, son vivas las palabras con que Neruda la rindiera homenaje: "Es de la más alta aurora. Para ella... reverencia y adoración".

Palabras de despedida a la poetisa Sara de Ibáñez, pronunciadas en el Cementerio del Buceo el 14 de abril de 1971.

de mujer uruguaya la levantan hoy, brillando aún de sustancialeas originales..."

"Quien conozca estos productos humanos verá que esta mujer recoge de sor Juana Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el del arrebato sometido al rigor: el del estremecimiento convertido en duradera espuma."

"...Los versos mil veces leídos de Sara de Ibáñez han sido americana agua dulce en mi garganta, pero llegada de los ventisqueros de España, de las cimas rayadas ya por las nieves eternas..."

"Bien recibida sea: es de la más alta aurora... Para ella... reverencia, admiración, amor. Aquí, en un término y se determina un nuevo universo radiante."

(Del Prólogo a Canto, 1940)

● "...Este es el caso de nuestra pura, alta y resplandeciente camarada en poesía, la uruguaya Sara de Ibáñez... Si hay que cerrar los ojos ante tanta luz conducida, si vemos la rosa radiante que levantan sus manos junto al mar amarillo de Montevideo, pensamos en la dolorosa y delicada fuerza que hizo salir en olas de cuarzo y de ágata profunda, este nuevo surgimiento firmamento para nuestra poesía... Es vox y flor y cielo para todos los días, fulgor tallado en la viva luz de América, estrella dura, directa y tierna, recién salida y temblando en el litoral del Sur."

(En Taller, México, enero-febrero de 1941)

gabriela mistral

● "Cuando la leí por primera vez supe, de golpe, que había en nuestra América algo muy nuevo y recién estrenado, nuevo no sólo en ser la última voz de la raza en el tiempo sino por ser absolutamente un verbo virgen cabal y definitivo...

No puedo dejar de decirle esto: su poesía es cosa muy diversa de la que hemos hecho las demás mujeres criollas hasta hoy. Lo suyo es mar de fondo y a la vez oleaje muy alto y lleno de unas voces recónditas y altas, que inquietan mucho, que turban a trechos como las escrituras mayores salidas de este mundo..."

(En carta fechada el 11 de julio de 1952.)

jules supervielle

● "...Tengo ahora su Canto, querido y gran poeta: varios meses después de haber recibido el admirable libro de Roberto Ibáñez. Tampoco usted se contenta con la imagen rara. Y entrega en sus poemas todo el jugo de la maravilla; y nos da la luz convertida en verso sobre un fondo de tinieblas infinitamente humano."

● "...Es fácil tener audacias en poesía. Lo difícil es hacerlas viables. En usted fluyen con naturalidad; tienen el ritmo de su sangre. Tanto la revelan a usted como nos enriquecen a nosotros. Y aunque poco me agradan las profecías en estas materias, no es posible dejar de ver que su libro será una fecha en la historia literaria americana y que su país comprenderá un día todo lo que debe a un poeta como usted..."

pablo neruda

● "...En esta atmósfera de aire aledo y de veneración elemental ha crecido, secretamente, Sara de Ibáñez, grande, excepcional y cruel poeta..."

"Estructura y misterio, como dos líneas inalcanzables y gemelas, tejían de nuevo la vieja, temible y sangrienta rosa de la poesía. Y unas poderosas manos

sara de ibáñez: el fulgor de la poesía

JORGE RUFFINELLI

NO hay parangón posible: la poesía de Sara Iglesias de Ibáñez surge en 1940, con *Canto*, dotada de una seguridad en el decir, de una destreza en el dominio de las formas, de una inventiva en la creación de imágenes, como rara vez se da en un primer libro poético. Sara de Ibáñez nacía a la literatura con la madurez y gravedad del poeta nato, nunca después desmentido en sus libros posteriores, y fue a ese poeta al que Neruda saludó en un prólogo lucido de sus principales rasgos: la índole de una poesía cuya fuerza estaba contenida en metáforas y estructuras clásicas, redoblando así su energía como por concentración —"el arrebato sometido al rigor", diría Imbert, sin citarlo: "Somete el frenesí de su lirismo al rigor de versos de perfectas formas". El otro rasgo era consustancial a éste: aludía a la estirpe misma de esa creación, a una poesía que es "signa americana", al decir de Neruda, pero que viene de los "ventisqueros de España". De este modo Sara de Ibáñez se sumaba, aceptando el legado, a ese rico venero de las letras españolas del Siglo de Oro que la generación del 27 había recuperado para sí misma en la propia España. Garcilaso y Góngora, entre otros grandes, proyectaron nueva luz a través de una joven avidez por recapturar las fuerzas brutildas de la poesía en el ejercicio tenaz de las formas clásicas. Es por eso difícil insertar la poesía de Sara de Ibáñez en una "tradición" nacional, si no es esta una voz de la española, o nos se retrotrae a esa zona del modernismo que define Herrera y Reissig con el cultivo de la metáfora y con la audacia expresiva e innovadora dentro de una variedad métrica dada. Además, la poesía de Sara de Ibáñez tiende, en razón de su canto, a una inefabilidad poética, y si toca a la naturaleza, por ejemplo, será ésta una cristalización estética antes que un concreto elemento terrenal, sin empaparse de autoctonía por lo menos hasta que la mirada no se pose en tierra para ofrecer inequívocamente su *Canto a Montevideo* (1941) y a *Artigas* (1952). Acaso los más cercanos son poetas como Roberto Ibáñez —con cuya obra guarda el compañerismo de las formas perfectas, en particular a partir de *Mitología de la sangre*—, o Fernando Pereda, quien nunca publicó libro o Esther de Cáceres, ya édita once años antes. Pero nada tiene que ver con la obra de un Liber Falco —de 1940 es *Cenizas sobre los muros*— y Clara Silva, que surge en 1945 con *La cabellera oscura*, mantiene una relación con de antítesis, por su efusividad lírica, tanto en la forma como en la concepción de la poesía.

Mucho se ha escrito sobre la riqueza metafórica y también sobre el hermetismo, la cualidad inefable, de misterio, como una de las líneas principales en el quehacer de Sara de Ibáñez. A esa fértile imaginativa del lenguaje, a esa "fusilería metafórica" —como señaló A. Imbert en una feliz metáfora a su vez—, responde el difícil acceso intelectivo, que no obedece sin embargo a un *trovar clus* ni a un deliberado escamoteo de la luz en los laberintos del barroco. No puede negarse que la empeñosa búsqueda de un lenguaje propio al fenómeno poético es típica de la lírica moderna. Friedrich señalaba en forma esquemática y resumida los rasgos característicos de este poema que "prescinde de la humanidad en el sentido tradicional de la palabra, de la «vivencia», del sentimiento, y a menudo incluso del yo personal del poeta, el cual no participa de su poema como individuo privado sino como inteligencia que crea poesía, como artista que ensaya las distintas fases de transformación de su fantasía soberana". Los simples dirán: "poesía deshumanizada, fría, formalista". Pero no es así. Sucede que el lírico necesita un lenguaje complejo para expresar las más hondas y complejas experiencias, y su poesía así es una verdadera alquimia que transforma vida y arte. De ese modo se acerca mejor a la precisa temperatura de las cosas y los hechos, al exacto significado que tuvieron en su momento, y para ello no duda en expresar con la riqueza de las metáforas, e incluso de las "correspondencias", (esa corta pero valiosa tradición que va de Poe a Valéry pasando por Baudelaire, Nerval y Mallarmé) la complejidad de la percepción humana, de la vivencia profunda.

CREO, por ese, que la poesía de Sara de Ibáñez no tiene paralelo como maravilla de imaginación metafórica, y que por ese rasgo solo, si fuese necesario, su obra se situaría en lo mejor de la poesía de esta lengua. Sus primeros libros gozan de esa felicidad poética conquistada desde el inicio pero que fue construyendo paulatinamente su mundo de imágenes y valores, edificando sus líneas más definidas. *Canto*, en 1940. *Hora ciega* en 1943, *Pastoral* en el 48, y *Las estaciones* en 1957. Fueron libros de alianza entre una perfección de estructuras y una cada vez más necesaria urgencia de vivir como individuo en un mundo comunitario aunque la poesía sea, en definitiva, un ejercicio de soledad, como la muerte. En los sonetos y las liras de *Canto* se encontrará ya la presencia de motivos, símbolos y vivencias que cruzan las tres décadas de creación. (Habra que profundizar, por ejemplo, en la imagen de la "batalla" que va desde Canto hasta *La batalla*, 1967, propiamente dicha y se desperdiga además en muchos poemas de libros intermedios. Pero en particular *Canto* manifiesta una actitud dirigida a los paisajes interiores valorativa de ese íntimo momento en que el ser se transforma en imagen, en poesía, y vuelve a ser real potencializado; de ese modo, al mismo tiempo que "mi isla seca en mitad de la batalla". En *Hora ciega* la batalla es atronadora y la poesía de Sara de Ibáñez presta su oído para captar el ruido y la furia (es la segunda guerra mundial, cuyo reflejo ya se abre en 1941, dos años antes de publicado el libro, en el poema del mismo título. "Hora ciega") que implican ante todo dolor y muerte. A propósito del volumen más reciente *Apocalipsis* XX (1970), Sara de Ibáñez declaró: "Es un libro diferente, empeñado en nueva búsqueda. En cuanto a estructura, principalmente, creo que he logrado renovar mi obra. Desde el punto de vista de la idea, en cambio, responde a mi constante actitud ante el mundo: de ser con él, de circunstancia temática siempre presente en mi poesía. Y en efecto, hay toda una zona de gran sensibilidad —sin perder la estructura del lenguaje— por la realidad histórica por el contexto en que se vive. En *Hora ciega*, por ejemplo, los "Soliloquios del soldado" ya están aludiendo de por sí a un oído a una atención que capte el sufrimiento. Por eso la poesía dirá en otro lugar del mismo libro: "veo sufro, / atestiguo" por eso querrá "enmendar a la muerte" y propondrá sus estribillos luctuosos: "Luto, pare la rosa" "Luto para la abeja" "Luto para la rama" por detrás de cuyas imágenes corre cristalina una visión casi ecológica —*Pastoral* será su culminación de la existencia. Esta último visión ha de strapársela en una terminología alusiva de los tonos embriaguez: hierba, trigo, cereal, nardo, ciervo, pájaros dormidos la oía abejas, grillo, palma, avena, amapolas acaso mar garza, miel, manzano, cigarra, porque ésa es una de las maravillas que ha de cantar. Junto con el sufrimiento y la intuición del misterio. Sobre ese fondo, que muchas veces es presente realidad y poesía a la vez, contrasta la guerra de *Hore ciega* sus imygenes aceradas y restallantes y el logro de versos como éstos: "Voy asido a las crines de un caballo espinoso / que vuela con ciudades quemadas en el viento" En *Las estaciones*, esa definida comulgación con la vida se hace explícita:

"No puedo cerrar mis puertas
ni clausurar mis ventanas:
he de salir al camino
donde el mundo gira y clama,
he de salir al camino
a ver la muerte que pasa.
He de salir a mirar
cómo crece y se derrama
sobre el planeta encogido
la desatinada raza
que quiebra su fuente y luego
llora la ausencia del agua".

CANTO *a Montevideo y Artigas* componen juntos, aunque distanciados una década entre sí, una zona muy particular en la obra de Sara de Ibáñez, porque el canto imaginativo y metafórico se vuelve hacia la envolvente fenoménica de esta historia nuestra, familiar, comunitaria de la cual habría a la vez que extraer sus esencias, su significado. En amplios períodos —alejandrinos dispuestos en tercetos— el *Canto a Montevideo* se desliza con una placidez narrativa, sin alzarse en tonos épicos, con una fina adecuación de tema y estructura: Allí Montevideo se yergue como una ciudad viviente, con historia con origen desde su fundación lenta y segura en una zona geográficamente privilegiada, con su hondón portuario sus playas bañadas por el río y el mar, y el factor humano que es finalmente el protágonista de toda historia, a través del "amargo charrúa", "la blanca espada", "la carabela". Solís, Zabala, o en el enfrentamiento dialéctico de dos civilizaciones. "El español trajo envainado en un ruego / el filo de su espada, su hambre conquistadora / y el rostro de su dios sobre su pecho ciego. / Y el indio defendía su nube voladora, / sus peces, sus flandes, sus auzales dormidos, / las difíciles mieles de su tierra sonora" En cambio *Artigas* es el pleno canto al héroe y a su gesta, la grandeza épica de la lucha, el carisma de un hombre providencial, a la fuerza de un pueblo que alcanza en esa gesta su nacionalidad y su tierra. En el poema hay grandeza épica. La primera y segunda partes adoptan un endecasílabo sonoro, elegante y perfecto, y la Cauda un *staccato* de formas métricas menores para pasar a la gracia popular de un cielito o una vidalita) en particular cuando se alude a los momentos de mayor dinamismo histórico —el Éxodo— o cuando emerge, limpida, la figura de héroe (nunca llamado Artigas sino en el título del libro) desde los oscuros comienzos recogidos en su intimidad —"Un hijo ausculta tu sobado pecho / pulpa tu resplandor, toca tus venas..."— hasta el recio relato lírico del conductor de pueblos —"El Vardo de la Patria da el acento.

El oro grave que ensombrece mayo / le sube por la voz y el pensamiento. "— y la dign- vejez del héroe en el destierro paraguayo —"El, que condujo a un pueblo enamorado / y le soñó sus sueños y su escudo, / aquí cres su pan, gasta su arado. / y aquí le tomará su dios, desnudo"— para al fin realizar la "Memoria de la hazaña", que es su legado y su lección vigente:

"El era el grave, el elegido, el fuerte
Le honraron el amor y la obediencia.
Y le siguió su ejército a la muerte
vestido de laurel y de inocencia.
Vestido sólo del laurel que vierte
su amargo sol de herida y penitencia,
y con el hambre que en su reino
[huero
tuvo arpado aguijón por compañero".

Toda esta obra, que ha encontrado su entero esplendor al pasar por la metáfora, por el lírismo contenido y como quintaesenciado, que ha cantado la fascinación natural y sufrido el ácido olor de la pólvora, que ha seguido caminos de la intuición hasta las regiones donde el lenguaje no da más y toca lo inefable, en *Apocalipsis XX* alcanza una nueva dimensión —la visionaria— adelantándose a los dos libros inéditos que deja al morir: *Baladas y otras canciones* y el *Diario de la muerte*. Tres años antes, en 1967 había publicado *La batalla*, el sistema poético del libro gira sobre ese símbolo y sobre la fidelidad a una acendrada inventiva metafórica, dando quizá su obra más cromática, sensorial y brillante, merced a esa conquista de un tema tan personal como de tan vastas resonancias, que conduce libre y airosamente con el dominio del ejercicio poético, y alcanzada ya la madurez definitiva de poeta. Como si hubiese presentido siempre ese motivo mayor de su visión del mundo, la espera ha sido fructífera, pues ha logrado la insólita destreza que revela *La batalla*. Pero es en *Apocalipsis XX*, sobre el cual tuvo ya ocasión Benavides, de escribir en estas páginas, donde están las mayores novedades: su innovación de estructura nos trae un verso blanco: pero con un ritmo dominado y probado ya por su extensa frecuentación de las formas clásicas. La gran fuerza de su poesía aquí se duplica por los sones precisamente proféticos con que el poeta se refiere al caos del mundo, a la destrucción sistemática de todo lo creado. La naturaleza misma de los poemas —XXI Visiones, Letanías, Apóstrofes, Castigos— reasumen los tonos bíblicos, le ofrecen la mayor libertad de imaginación, y la conducen a referirse a nuestra condición, a nuestro siglo como un aviso redentor del fin que nuestros actos llevan en sí como gérmenes. Ya no es el "enmendar a la muerte" de 1943, sino a la aniquilación del hombre. Desde *Canto* hasta *Apocalipsis* hay, pues, una fidelidad típica de la gran literatura pero simultáneamente un enriquecimiento de la perspectiva humana logrado al transitar, como lo ha hecho, por la historia y las esencias, las zonas de la luz y del misterio, cargándose en cada una de las etapas de una creciente visión sombría de la existencia que adelgaza por la inteligencia y el rigor con que la ha hecho poesía.

TRES POEMAS INEDITOS DE SARA DE IBAÑEZ

¿PUEDO, VERDAD?

PUEDO llorar ¿verdad? hasta quedarme
como una fuente seca,
como un árbol de sal, resquebrajado,
lleno de agudas larvas de centella.

Puedo perderme, ahogarme
en la negra espiral de los gemidos.
Puedo llorar ¿verdad? borrarme la garganta
y no ser más que niebla de mi grito.

Puedo morir, morirme cuando quiera,
¿verdad?, pero si sólo me detengo.
si pregunto ¿por qué, por qué este llanto?
¿por qué esta muerte sin respiro velo?.

ni un soplo me responde, ni una hoja
del cielo o de la tierra tiembla y cae
sobre este polvo de rodilla herida
para darme una seña de mi padre.

GUIJAS

LA niña estaba allí sentada al borde blanco,
los pies sobre la arena, mirando hacia la [hondura
y el fragor de la aurora llenaba sus oídos.

Desde el fondo del agua subieron a sus ojos
las guijas en un vuelo de centellas moradas
y le estallaron frías en la raíz del llanto.

En el fondo del agua sonreía la muerte
sentada entre las piedras y los dorados limos,
la cabellera ardiendo de abejas sumergidas.

La muerte acariciaba las imperfectas formas:
a veces en su mano brillaba un guante de oro,
otras, un guante verde moteado de amatista.

EL MUNDO EN TORNO

TANTA tiniebla, tanta.
De repente el sol muerto.
y sus crines secas
cualjando entre mis pies jardines negros.

Tanta sombra rampante
dislocada, caída,
pájaros ciegos, musgos, larvas, hojas,
llevándose en el aire mis mejillas.

Compacto mundo, espeso
corazón de la llaga.
¡Oh muerte voladora, todo huele
como un bosque podrido en mis palabras.

(del Diario de la muerte)